



Correspondencia particular del
"Constitucional" por uno de
sus redactores.

Madrid, Enero 19.

El nombramiento del Sr. Martínez de la Rosa ha tenido una aprobación completa en el público, hizo momentáneamente olvidar al Sr. Burgos que ven con pesar quedar en el ministerio. Todos cuentan con que el nuevo ministerio dará inmediatamente principio á la gran obra de la regeneración. Se debe esperar que no encontrará obstáculo por parte de afuera, y que los gabinetes de París y de Londres, deshaciéndose de los temores exagerados que les había infundido el Sr. Zea sobre las exigencias del partido liberal, prescribirán á sus representantes que apoyen con todo su influjo las operaciones de Martínez de la Rosa. Percibirán todo lo que puede traer de ventajoso la presencia al Gobierno de España, de un hombre amigo íntimo de los Sres. de Amarillas y Castaños, y que reúne en su persona una amabilidad y una afabilidad que lo haría distinguido en cualquier país, con una firmeza de principios y un desprendimiento personal que ninguno lo puede negar.—El solo podría, en las circunstancias actuales, moderar la justa impaciencia de los españoles que tienen fé en sus promesas, y tomar el tiempo necesario para preparar una reunión de Cortes.—Los gabinetes del Norte van á asustarse cuando sepan por sus enviados, que la Reina no solamente ha alejado al Sr. de Zea Bermudez, pero que también ella se ha visto obligada por el pronunciamiento unánime del Consejo á convocar las Cortes. Que no se equivoquen sus Magestades hiperbóreas; aun cuando, lo que es imposible, los gabinetes de Londres y París desaprobasen el llamamiento de las Cortes, no dejaría por eso de verificarse.—Para impedirlo sería menester otra guerra de la Independencia, y sucedería lo que ha sucedido, que se reuniría el cuerpo en la única ciudad que quedase libre.—La derogación del Sr. Zea, si no ha abierto los ojos á los Sres. de Ubril, Brunette, y Liebermann, embajadores de Rusia, Austria y Prusia, será una grande lección perdida.—La España de 1834, no es la de 1808, y menos la de 1820.—Los progresos de los dos últimos años son inmensos. Sus lectores de V. tendrán la prueba en los próximos artículos, que V. puede anunciar; el uno sobre los Titulos y la Grandeza de España el otro sobre el verdadero espíritu de la nación española pensante y obrante en cada provincia. Mas tarde le hablaré del clero y sucesivamente de todos los puntos que puedan ilustrar sus paisanos y darles conocimientos exactos sobre un país cuyos intereses actuales se hallan identificados

con los de la Francia.—Las primeras Cortes han de rectificar muchos errores y sobre todo los dos que en estos últimos tiempos han cegado algunos miembros de los gabinetes de Francia é Inglaterra.

El primero, era el pensar que la mayoría del partido liberal en la Iberia, soñaba todavía las utopías de 1820, mientras que consta de un modo evidente que, á excepción de un número muy reducido, los liberales españoles no hacen mas que pedir garantías contra la arbitrariedad y actos fundamentales que los protejan contra el yugo apostólico en la persona de D. Carlos y de su descendencia. Semejante acto no pudiendo ser consentido sino por la nación formada en Cortes, no podrán los gabinetes evitar de aceptar esta consecuencia inevitable de nuestra revolución de julio.—No hay transacción posible en este punto. Los hijos de D. Carlos son otros tantos Henríques V. para España, y aunque igualmente inocentes de las faltas de sus padres, la ley inexorable de *Salus Populi* los condena sin esperanza al destierro y la impotencia.

El segundo error no es menos cabal: es la verdadera causa de la caida del Sr. Zea. Este ministerio se había figurado que podría regir la España con un despotismo liberal. Esta preocupación que él había traído de las cortes del Norte donde estuvo largo tiempo y resultado de sus relaciones íntimas con el partido Torry en Londres, y particularmente con el duque de Wellington, ha sido alimentada y en algun modo fortificada por las personas que lo rodeaban, cuales los Sres. Reynoso, Lista y Hermsilla, hombres de gran talento pero desgraciadamente tan enfatuados de su propio mérito que están creídos que en ellos solo reside toda la ciencia política. Esos tres personajes son los únicos á los cuales se aplique cualquier rencor el nombre de *afrancesados*, todos los individuos de este último partido habiéndose reunido francamente á la nación.—Estos tres Señores eran y siguen siendo los redactores de la *Estrella*, diario privilegiado del Sr. de Zea. Han sostenido en aquel diario que no existía opinión pública, que la España, no necesitaba garantías y otras grandes heregias políticas de la misma clase. El Sr. de Burgos en Madrid y el Sr. Minano en Bayona, donde operaciones felices le han proporcionado una existencia opulenta é independiente, eran también de aquel círculo que subió el primero al Ministerio, donde es dudoso que se mantenga, á pesar de la flexibilidad de su carácter y de sus talentos incontestables.—Su intervención en los empréstitos y una fortuna considerable adquirida en poco tiempo, muy legítimamente y lo cremos, pero que en toda parte el pueblo atribuirá siempre al empleo de arbitrios poco hon-

rosos, han hecho perder al Sr. Burgos, su popularidad; y deberá ser muy hábil si consigue mantener. En este caso él puede todavía prestar grandes servicios, mientras tanto temple su ardor impaciente, sea menos altanero y sobre todo evite que su nombre sea pronunciado en cualquiera operación de hacienda que sea. En caso contrario, ni el favor de la Reyna, ni la amistad del Sr. Martínez de la Rosa, si logra adquirirla, no podrán preservarlo de una caida.

He aquí el modo como se ha verificado la dislocación del ministerio, y la razón porque el Sr. de Burgos no ha participado en la desgracia del Sr. de Zea.

Cuando llegaron las representaciones de los capitanes generales de Provincias, el Sr. de Burgos, que aparentemente quedaba unido con el Sr. de Zea, opinó con este que disponía del voto del Sr. Gonzalez, ministro de justicia, quien contestaría con firmeza y no se daría ninguna comunicación al Consejo de la Regencia. El Sr. Zarco de Valle, ministro de guerra, se pronunció de un modo contrario y declaró que haría renuncia de su departamento en caso prevaleciese la primera opinion en el consejo de ministros. Pero la noche trae consigo el Sr. Burgos que quería guardar sus dos departamentos ó á lo menos uno, visitó al Sr. Zarco, y le prometió de apoyar su opinion. Al mismo tiempo hizo obrar toda clase de resortes para persuadir á los embajadores de Inglaterra y de Francia, al Sr. de las Amarillas, y al ministro de guerra, que cada uno de ellos miraría con satisfacción que el Sr. Burgos permaneciese en el ministerio, despues de la caida del Sr. de Zea. La precipitación con se que condujo todo este negocio, no permitió que se viesen aquellas personas, y sin ser convencidos de la autenticidad de las informaciones que se les habían dado, dejaron ir las cosas. En el siguiente consejo, la Reyna viendo el Sr. Burgos reunido al Sr. Zarco, mandó que la cuestion fuese sometida al consejo de regencia, consultándolo sobre lo que se debía hacer para salir del caso en que se hallaba el gobierno. El consejo contestó lo que Vd. ya sabe, que era necesaria la destitución del Sr. de Zea, así como la convocación de las Cortes. Dos miembros del Consejo, querían también pedir la supresión del Sr. Burgos, pero los demás opinaron que en el momento bastaba limitarse al Sr. de Zea y que era conveniente dejar á la Reyna la libertad en sus otras elecciones. El Sr. Martínez de la Rosa, fué el único á quien se dirijieron unánimemente para ser colocado á la cabeza del nuevo gabinete. El Sr. Burgos, no dudó concurrir con su persona al paso que dió el ministro de guerra cerca del Sr. Zea, para invitarlo á hacer renuncia, lo que este rehusó obstinadamente. Ha-

sido menester destituirlo del modo mas honroso posible. Esta firmeza aunque excesiva ha gustado hasta á los enemigos del Sr. de Zea, y se vería sin pesar que fuese empleado á fuera, pero únicamente en Roma, donde un hombre de su carácter impondría respeto á la Corte Pontifical, tanto mas cuanto que el Sr. de Zea, no es nada menos que apostólico.

La opinion pública designaba otros colegas al Sr. Martínez de la Rosa, pero tanta es la confianza que tienen en su persona, que se espera que poco á poco compondrá una administración cuyos miembros todos sean agradables á la nación.

Das otras cuestiones grandes han de ser sometidas á las Cortes. Son el reconocimiento de la Independencia Americana y un reglamento de Hacienda en que se reconocerán los empréstitos de las Cortes, cuyo reconocimiento volvería á abrir á los fondos españoles la bolsa de Londres. La relación de la primera cuestion, es vivamente deseada por todas las ciudades marítimas, mientras que el resto de la España ya está desengañada sobre la esperanza de volver á conquistar un dia estas vastas y gravosas posesiones. Se desearía que la Francia fuese el principal intermedio de esta gran reconciliación, y pienso que el nuevo Ministerio no tardará en hacer proposiciones á este respecto.

La Reina fué ayer á presidir el Consejo de la Regencia. Se mantuvo muy amable con todos los miembros. Las prevenciones que ella había concebido se han desvanecido, y la persona contra quien habían tratado de suscitar las mayores, ha sido el objeto de sus atenciones particulares. (El Marques de las Amarillas). El primer Ministro y el señor de Amarillas han tenido separadamente una conversacion con el embajador de Francia. Este principio de buenas relaciones en un presagio feliz para lo venidero. El Ministro de Inglaterra que ya desde tres semanas había abandonado el señor de Zea, parece igualmente satisfecho. No es lo mismo con los demás ministros extrangeros. Su influjo cesó; será menester que los gabinetes á quienes representan, tomen una pronta decision, pues que su presencia en Madrid, sin ser acreditado, tendría mal efecto mientras la reunión de las Cortes.

Las noticias de las provincias infestadas por los carlistas han excitado poco interes en estos últimos dias.—Parece que la Navarra y la Vizcaya son el teatro de pequeñas acciones indecisivas que cuestan mucha sangre por una y otra parte.

El nuevo Ministro de hacienda el Sr. Arnalde, ha declarado que tiene en su poder los fondos suficientes para todos los ramos del servicio hasta el 31 de marzo próximo: entretanto habrá tiempo de proporcionarse recursos,

